

El hombre de las otredades: masculinidad y raza en la mirada de los viajeros de la Centroamérica del siglo XIX

Patricia Alvarenga Venutolo *

Resumen: Este artículo analiza, en el discurso de viajeros de paso por la Centroamérica del siglo XIX, las diferentes formas en las que la masculinidad se constituye en un concepto estratégico en la invención del colonialismo. Por tanto, explora su utilización tanto a nivel metafórico como en relación con la descripción de prácticas sociales concretas. La mirada que despoja a hombres del mundo subalterno de su “masculinidad”, también tiene efectos sustantivos en la construcción de la identidad femenina.

Palabras clave: Viaje, masculinidad, género, Centroamérica, colonialismo.

Abstract: This article analyses in the narrative of travelers the different ways in which masculinity becomes a strategic concept in the discursive invention of colonialism. The next pages explore how it operates at the metaphoric level as much as in the definition of social practices. The stir which dispossesses of masculinity men from subaltern societies, also affect the construction of the female identity.

Keywords: travel, masculinity, gender, Central America, colonialism.

Fecha de recepción: 28/05/2013 • Fecha de aprobación: 01/07/2013

* Costarricense. Doctora en Historia por la Universidad de Wisconsin, Madison, EE. UU. (1994). Se desempeña como catedrática, profesora e investigadora de la Escuela de Historia y de la Maestría en Historia Aplicada de la Universidad Nacional, Costa Rica. Correo electrónico: patriciaalvarengavenutolo@gmail.com. La autora manifiesta su agradecimiento a la estudiante Mónica Araya Hidalgo por su importante labor en la recolección y organización del material que sirvió de base para la elaboración de este artículo.

Estudios recientes han evidenciado que la racialización de las sociedades coloniales en la perspectiva noratlántica está profundamente permeada por construcciones de género. En el imaginario que surge del Iluminismo, el mundo colonial feminizado aparece dispuesto a la exploración y apropiación masculina. Metáforas y metonimias en los imaginarios identitarios permean ambas formas de jerarquización de las sociedades humanas.¹ Imágenes sobre el mundo social y natural creadas a partir de las ideales relaciones entre los sexos se encuentran en el discurso que legitima el orden jerárquico de los espacios geográficos del mundo. De acuerdo con Tzvetan Todorov, a finales del siglo XIX Gustave Le Bon estableció una relación directa entre la inferioridad femenina y la de los pueblos definidos como coloniales. Partiendo de la craneología, determinó que los cráneos de las mujeres blancas compartían características cercanas a los de las llamadas razas inferiores.² Por otra parte, las distancias entre el mundo destinado a colonizar frente a aquel cuyo sino es ser colonizado también han sido medidas a partir de las “correctas” relaciones entre los sexos prevalecientes en el primero y las aberrantes cualidades de aquellas prevalecientes en el segundo.³

Características culturales, es decir, características identitarias que devienen de procesos contingentes, históricos, se construyen como rasgos inmanentes. En esta óptica, la raza superior cuenta naturalmente con las cualidades requeridas para el buen funcionamiento de la sociedad; mientras que aquellas ubicadas en las jerarquías inferiores escapan a reglas morales concebidas como universales. Por otra parte, el proyecto colonial, como proyecto de conquista, de imposición por las vías de la violencia, también está íntimamente vinculado con esos dispositivos

-
- 1 Anne McClintock, “Women are the earth that is to be discovered, entered, named, inseminated and, above all, owned”, en: *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest* (Londres, Inglaterra: Routledge, 1995), 31. Estas representaciones basadas en modelos impuestos sobre los sexos también constituyen formas significativas de representación del orden ideal de las nuevas naciones latinoamericanas. La feminización de la naturaleza trasciende las narrativas noratlánticas; se encuentran, recurrentemente, en obras literarias consideradas fundacionales. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* (Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica - FCE, 2004). Véase, por ejemplo, sus reflexiones sobre la narrativa de Faustino Sarmiento en las páginas 88-90.
 - 2 Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana* (México, D. F.: Siglo XXI Editores, 1991), 139.
 - 3 Anne McClintock insiste en la interacción existente entre las categorías de clase, etnia y género, mostrando en su libro la forma en que estas interactúan en procesos históricos concretos. Refiriéndose al fundacional estudio de Edward Said, *Orientalismo*, la autora advierte sobre el riesgo de visualizar la sexualidad exclusivamente en su dimensión metafórica, como instrumento de afirmación simbólica del poder imperialista, sin advertir que el género es también un elemento constitutivo de las relaciones cotidianas en la construcción del mundo colonial. McClintock, 14.

del deseo que movilizan y reproducen las masculinidades occidentales.⁴ En los imaginarios hegemónicos, las naciones colonizadas son representadas mediante figuras masculinas. Señala David Spurr que Ernest Hemingway, refiriéndose a su relación con África, estableció una alegoría entre este continente y una amante, la cual “siempre está disponible pero nunca es totalmente poseída”.⁵ El deseo de poseer territorios y cuerpos induce a la conquista de nuevos espacios y, a la vez, contribuye a la construcción de las masculinidades occidentales.⁶ El hombre del norte se concibe a sí mismo en una posición superior a la de los habitantes de los pueblos que visita, comparable a aquella que ocupa en su relación con el sexo femenino en su sociedad.⁷ En esta, ejerce control sobre la sexualidad de la mujer, en permanente peligro de desbordamiento. En el universo que considera destinado a la colonialidad, la desordenada voluptuosidad del trópico y la ausencia de principios rectores de la modernidad en sus habitantes lo invitan a expandir su dominio patriarcal.⁸ Si bien su conocimiento científico y su solvencia en los parámetros de la civilidad lo colocan en una posición de privilegio en las sociedades coloniales, la hombría que, en su óptica, le caracteriza, también constituye un elemento significativo en su construcción de las diferencias.

La masculinidad, en buena medida, se concibe en la relación que los hombres establecen con las mujeres. El poder patriarcal se fundamenta en el control de la sexualidad femenina. Aquellos signos que extranjeros provenientes de las sociedades colonialistas interpretan como “carencias” en torno al ejercicio del poder del hombre sobre la mujer se convierten en elementos que corroboran las deficiencias en la hombría del otro y, en consecuencia, la disponibilidad de las mujeres de las razas consideradas inferiores.⁹ Sin embargo, como veremos

4 Un análisis profuso y pionero del papel del erotismo en la construcción de los imaginarios sociales que dan cuerpo a las naciones latinoamericanas se encuentra en la citada obra de Doris Sommer. Sobre la relación entre masculinidad y militarismo puede consultarse: Irene Castillo y Claudio Azia, “El militarismo, ¿un refuerzo a la ideología patriarcal?”, *La manzana*, 5, n. 9 (junio-diciembre 2011): <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num9/index.html> (Fecha de acceso: 5 de abril de 2013). Castillo y Azia usan conceptos como varón militarizado y valores patrimilitares con el fin de acentuar la centralidad de los imaginarios bélicos en la masculinidad. El ideal del soldado no es un complemento de la masculinidad hegemónica, es más bien elemento clave de esta. Roberto R. Aguirre habla de la rivalidad homosocial, que enfrenta a los integrantes de las distintas potencias colonizadoras. Estos despliegan sus estrategias bélicas y políticas frente a los competidores impulsados por el erotismo de la competencia y el deseo de la posesión. Robert D. Aguirre, *Informal Empire. Mexico and Central America in Victorian Culture* (Minneapolis, EE. UU.: University of Minnesota Press, 2005), 86.

5 David Spurr, *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration* (Durham, EE. UU.: Duke University Press, 1993), 171. La traducción es mía.

6 Juan Carlos Vargas, *Tropical Travel. The Representation of Central America in the 19th Century* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2008), 49-50.

7 Nancy Leys Stepan, *Picturing Tropical Nature* (Londres, Inglaterra: Reaktion Books Ltd., 2001), 75.

8 Spurr, 172.

9 Vargas, 49-50.

adelante, las concepciones racialistas generan posiciones ambivalentes en torno a la conveniencia de la mezcla de la raza blanca con las consideradas inferiores, aun cuando esta no implica responsabilidad alguna con la mujer o con los posibles vástagos que la relación genere. La masculinidad, como toda construcción social, se valida en la constante “reproducción de la norma”;¹⁰ pero también se reinventa e improvisa, es decir, se convierte en un dispositivo de poder que los sujetos adaptan y readeúan a las cambiantes circunstancias.¹¹ De tal forma, en estas páginas interesa explorar la masculinidad por una parte, en la construcción de la otredad y, por otra, como práctica de poder; es decir, como ejercicio que se improvisa a partir de normas identitarias incorporadas en la subjetividad.

Las voces que definen a los otros

En las siguientes líneas analizamos las construcciones de la masculinidad como mecanismo de afirmación del poder colonial por parte de un grupo diverso de extranjeros noratlánticos que visitaron y excepcionalmente permanecieron en Centroamérica durante el siglo XIX. Se trata de hombres con formación universitaria, que como profesionales de su época también se sintieron capacitados para desenvolverse en distintos campos del saber como la medicina, la botánica, la zoología y la etnología. En el transcurso del siglo XIX, en el universo de las ciencias del mundo hegemónico, prevalecen rígidas concepciones en las que cuerpo y raza se entrelazan. La cultura no se genera a partir de procesos contingentes. Incluso concepciones que privilegian el medio ambiente para explicar las condiciones de vida y de reproducción de los grupos sociales van quedando marginadas frente a aquellas que colocan su mirada en el estudio de las otredades a partir del análisis científico de sus cuerpos. Los grupos por colonizar son, esencialmente, aquellos que quien tiene el poder de narrarlos les ha definido, aun antes de encontrarse frente a ellos, como integrantes de razas inferiores.¹² Si bien hay momentos de desestabilización en la mirada colonial, la observación a partir de los parámetros racionales de Occidente tiene como finalidad confirmar y enriquecer discursivamente la construcción de las jerarquías raciales.

10 Judith Butler, “Críticamente subversiva”, en: *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, (ed.) Rafael M. Mérida Jiménez (Barcelona, España: Icaria Editorial, 2002), 55-79.

11 Para un análisis de la masculinidad como construcción social que no llega a petrificarse, sino que más bien se encuentra permanentemente en disputa, puede consultarse: Robert W. Connell, “La organización social de la masculinidad”, en: *Masculinidad/es, poder y crisis*, (eds.) Teresa Valdés y José Olavaria (Santiago de Chile, Chile: Isis Internacional; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO, 1997), 31-48.

12 Vargas, 11. Robert E. Bieder, *Science Encounters the Indian, 1820-1880. The Early Years of American Ethnology* (Norman, Oklahoma, EE. UU.: University of Oklahoma Press, 1986), 13.

Las narraciones que integramos en estas páginas corresponden a un amplio período. En 1841 se publican las memorias de viaje de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan*, las cuales fueron ilustradas con dibujos realizados por su acompañante, el arquitecto Frederick Catherwood. Concluimos con las narraciones de Davis, publicadas por primera vez en 1895. Se trata de un período de más de cincuenta años en el que tienen lugar eventos significativos en la construcción jerárquica del mundo alrededor del concepto de raza, tales como el surgimiento de la antropología física. En esta dirección se establece una relación clave entre cuerpo y cultura, en la cual las características físicas atribuidas a las razas determinan los alcances de las sociedades. La antropología física santifica, con el sello de la ciencia, el racialismo, conjunto de ideas articuladas sobre las diferencias entre grupos humanos que caracterizan el mundo noratlántico desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX.¹³ Las voces que tomamos en consideración se ubican en la “época dorada” de la modernidad, cuando el predominio de la racionalidad occidental y del sujeto colonial aparecen como incuestionables.¹⁴ Con distintos matices, los autores estudiados se consideran a sí mismos voces autorizadas para definir, clasificar y, por supuesto, juzgar las otredades. El proceso de conocimiento se establece a partir de sus propias jerarquizaciones del mundo. Es decir, el sujeto colonial está allí para ser observado, descrito y clasificado. De no ser que se le requiera para referirse a aspectos puntuales, en general, no es sujeto de interpelación.

El diplomático norteamericano John L. Stephens, quien emprende su viaje en 1839 y publica su libro en 1841,¹⁵ es el más famoso de los viajeros que pisaron tierra centroamericana. Su texto llegó a ser un *best-seller* y fue calificado por Edgar Allan Poe como el más interesante libro de viajes que hubiera caído en sus manos.¹⁶ Stephens, a diferencia de otros viajeros analizados en este texto como Wilhelm Marr y Richard Harding Davis, experimenta atracción hacia el mundo de las elites centroamericanas y se deja permear por ellas. En tiempos en que escribe sus memorias de viaje todavía está por desarrollarse en Estados Unidos la antropología física.¹⁷ Ello contribuye a explicar por qué sus relatos enfatizan en la impresión que recibe su mirada ante el encuentro con el otro, a diferencia de autores posteriores que, en las características fenotípicas, buscan las respuestas

13 Todorov, 115-116.

14 Nicolás Casullo, “Viena del ‘900. Un barómetro de la cultura”, en: Nicolás Casullo, *et al.*, *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad* (Buenos Aires, Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires - EUDEBA, 2006), 27.

15 John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán. Tomo I* (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana - EDUCA, 1982), 9.

16 Aguirre, 66.

17 Vargas, “Preface”.

a las establecidas jerarquías raciales. Sin embargo, ello no exime a Stephens de establecer distancias insalvables entre el mundo indígena y el de la civilidad.

Karl Hoffmann, de origen prusiano, residió en Costa Rica entre 1854 y 1859, año en que muere. Realizó, en la Universidad de Berlín, estudios en los campos de la medicina y la cirugía, donde ejerció su profesión y, al emigrar a Costa Rica, se dedicó a su práctica en su nuevo espacio vital. Sin embargo, como era habitual en los hombres de ciencia de su época, compartió estos saberes con el estudio de las ciencias naturales, lo que también le permitió realizar una significativa contribución al estudio de la historia natural costarricense.¹⁸ Tuvo el puesto de cirujano mayor del Ejército Revolucionario en la guerra que libró Costa Rica contra el ejército filibustero. Hoffmann se integró, como inmigrante en la nueva tierra en la que decidió habitar, y se convirtió en ella en un miembro de significativa importancia y prestigio como médico y naturalista.¹⁹ En la lectura de sus páginas se percibe un particular interés por mostrar la viabilidad de Costa Rica como nación y, desde esta perspectiva, jerarquizó esas otredades de acuerdo con los obstáculos que presentaban a la expansión del progreso. Su visión de la otredad fue bastante matizada en relación con aquellos grupos culturales integrados a la sociedad costarricense. Sin embargo, en lo que respecta al mundo indígena ubicado en las márgenes de la colonización y más allá de estas, Hoffmann, posiblemente en diálogo con la sociedad hegemónica costarricense, compartió las rígidas jerarquías que aparecen en la mayor parte de las narraciones analizadas.²⁰

Dos de las voces de los viajeros escogidos en este texto, la del alemán Wilhelm Marr y del estadounidense Richard Harding Davis, son particularmente virulentas en sus concepciones racistas. Sostiene Juan Carlos Solórzano que Marr, aunque compartió ideales liberales y democráticos, manifiestos en su participación política –pues fue director del “club democrático” de Hamburgo en la década de 1860–, se distanció del liberalismo asumiendo abiertamente posiciones antisemitas. Sin embargo, Moshe Zimmermann, quien atribuye a Marr la

18 Carlos Meléndez, “Presentación de Karl Hoffmann”, en: Karl Hoffmann, *Viajes por Costa Rica* (San José, Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1976), 13-78. Luko Hilje Quirós, “Dr. Karl Hoffmann Brehmer. Biografía”, *Acta médica costarricense* (Costa Rica) 51, n. 4 (octubre-diciembre 2009), 190-191.

19 Luko Hilje Quirós, *Karl Hoffmann: Naturalista, médico y héroe nacional* (Heredia, Costa Rica: Editorial del Instituto Nacional de Biodiversidad - INBio, 2006).

20 Un análisis de la construcción de la Costa Rica blanca, territorio de pequeños labradores integrados al mundo del orden y del progreso, en tiempos de Hoffmann, se encuentra en: Ronald Soto Quirós, “La difusión del etnotipo costarricense: los Apuntamientos de J. B. Calvo, del texto educativo a la propaganda internacional”, *Asociación para el fomento de los estudios históricos en Centroamérica - AFEHC*, 54 (setiembre 2012): http://www.afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=3168#rfn5500747552139abae7030 (Fecha de acceso: 5 de abril de 2013).

paternidad del antisemitismo, evidencia que utilizó su participación en el parlamento de Hamburgo como representante de los demócratas radicales para enfrentar a su rival, Gabriel Riesser, atacándolo no solo por sus ideas sino también por su pertenencia a la comunidad judía. En esta lucha ideológica, Marr atribuyó a su contrincante características negativas que no provenían de sus condiciones particulares o a su elección política, sino de lo que hoy llamaríamos, su adscripción étnica.²¹ En sus narraciones de viajes a Estados Unidos y Centroamérica, este autor consistentemente afirma las clasificaciones raciales a través de parodias que animalizan a la otredad utilizando el recurso de la representación simiesca. Las dualidades características de la modernidad y, en particular, la construcción de las distancias jerárquicas entre grupos humanos por parte de Marr resultan hiperbólicas aun para la época de oro del colonialismo en la que escribe.

Inicialmente los relatos de sus viajes se publicaron en el periódico *Freischütz* de Hamburgo y su libro apareció en 1963 en Hamburgo, con el título *Reisenach Central-America*.²² En su texto se advierte la influencia del racismo estadounidense, que con bríos se desarrolla tanto en el campo de la academia como en los diversos espacios de reproducción cultural del mundo blanco, impulsado por el creciente movimiento abolicionista.²³ Su defensa de la esclavitud es coincidente con su concepción de que las jerarquías culturales son absolutamente rígidas e inamovibles.

Richard Davis, estadounidense, viaja a Centroamérica con dos compañeros de su país a finales del siglo XIX y en 1895 escribe sus memorias en dos artículos titulados “Three Gringos in Central America”.²⁴ Con posterioridad a su viaje participó en la Guerra de Cuba, y se convirtió en connotado escritor, especialmente famoso por su novela *Captain Macklin*, escrita en 1902, años después de la narración que incorporamos en este artículo. Esta se inspira en el filibusterismo que conmovió Centroamérica a mediados del siglo XIX y rinde homenaje a su líder, William Walker, convocando a reeditar su misión civilizadora en Centroamérica. Publica *Soldiers of Fortune*, en 1897, la cual, de acuerdo con Amy Kaplan, puede ubicarse en un conjunto de novelas cuyas propuestas promueven la expansión imperialista de Estados Unidos. En una época en que la masculinidad en su país es amenazada por la carencia de oportunidades, entre otras razones por el agotamiento de la frontera interna, Davis encuentra en

21 Moshe Zimmermann, *Wilhelm Marr. The Patriarch of Anti-Semitism* (New York, EE. UU.: Oxford University Press, 1986), 36-38.

22 Juan Carlos Solórzano, “Introducción”, en: Wilhelm Marr, *Viaje a Centroamérica* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2004).

23 Bieder, 55-103.

24 Richard Harding Davis, “Three Gringos in Central America”, en: Vargas, 505-506.

la expansión colonial un espacio para su reinención. Es decir, en los nuevos territorios, el hombre encuentra nuevas posibilidades para convertirse en un eficiente proveedor de la familia, uno de los elementos claves de la masculinidad. Davis, desde la perspectiva de Kaplan, recurre a la tradición del romance para crear un héroe encarnado en la figura caballerescas.²⁵ Su protagonista, en medio de las luchas de independencia cubana, rescata a su dama, metáfora que sugiere el rescate, mediante la colonización anglosajona, de tierras que se encuentran en manos de hombres carentes de hombría y poco aptos para conducir el espacio que ocupan hacia el progreso.²⁶

Davis es un sujeto inserto en una coyuntura particular de la expansión imperialista estadounidense en el Caribe, área de sensibles intereses geopolíticos para las potencias imperiales de entonces. Ya en la década de 1890 es evidente la supremacía de los Estados Unidos en esta región y, desde la visión de Davis, si bien en 1856 el proyecto de apropiación territorial del istmo dirigido por William Walker fracasó, en esta nueva época Estados Unidos estaba destinado a cumplir su misión histórica: Tomar posesión del interior del istmo para conducirlo hacia el progreso mediante una radical transformación de la composición racial de su población. Quizá esa es la razón por la que Davis es uno de los viajeros que con más énfasis y consistencia presenta el contraste entre la naturaleza prodigiosa, y la raza indolente y retrógrada que la habita.

Gustav August Eisen, biólogo, geólogo y arqueólogo sueco naturalizado estadounidense, ofrece una mirada poco ajustada a los términos convencionales sobre los grupos culturales que encuentra a su paso. En 1882 viajó por primera vez a Guatemala.²⁷ Su peculiar perspectiva correspondiente a la región más nórdica del espacio noratlántico, permite reflexionar sobre el relativismo de las construcciones fenotípicas, sujetas a ópticas cargadas ideológicamente, más que a supuestas diferencias objetivas. Desde su mirada, hay momentos en que las distancias físicas entre indígenas y aquellos autodenominados blancos parecen diluirse, la otredad entonces comprende la totalidad social. El viajero sueco construye su propia taxonomía a partir de referentes descontextualizados sobre las sociedades del continente americano. Quizá por ello no tiene problemas para denominar en algún pasaje de su texto a los indígenas de Guatemala como pieles

25 Amy Kaplan, *The Anarchy of Empire in the Making of U.S. Culture* (Cambridge, Massachusetts, EE. UU.: Harvard University Press, 2005), 92-120.

26 *Ibid.*

27 Las narraciones de Eisen analizadas en este artículo aparecieron originalmente en los números 6 -1886- y 7 -1887- de la revista sueca *Ymer* con el título "En resa i Guatemala". Véase nota al pie de página en: Gustav August Eisen, "Un viaje por Guatemala. Primera parte", *Mesoamérica* (Guatemala) 11 (junio 1986): 155.

rojas. Mira con detenimiento características físicas y culturales que, como buen científico de su época, le permiten catalogar jerárquicamente a los grupos humanos. Admira la vegetación tropical que, en su criterio, contrasta con “la suciedad, la pobreza y la miseria de las gentes”, cuadro desagradable que se acentúa al irse acercando a las regiones costeras. Eisen entremezcla condiciones materiales de vida, estética y salubridad en su definición de la otredad.²⁸ Para él, los indígenas del altiplano son superiores a los de las tierras bajas, “más pobres, más feos y enfermos,”²⁹ adjetivos congruentes con las discursividades prevalecientes en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, pese a la fuerte carga ideológica que atraviesa su mirada, esta no deja de estar matizada por visiones ambivalentes, construidas a partir de su experiencia con la otredad.

Contamos en este pequeño artículo con una diversidad de sujetos que definen la otredad: diplomáticos, científicos, escritores y, en general, viajeros provenientes de distintos espacios del mundo noratlántico. También estos sujetos portan proyectos coloniales distintos, de acuerdo con las ideas en boga en sus países de origen en el tiempo en que les correspondió visitar Centroamérica, así como con su propia interpretación del proyecto civilizador. Así mismo, los grupos culturales observados por los sujetos que narran otredades tienen, básicamente en común, su pertenencia a grupos considerados racialmente inferiores. Esta característica los hace merecedores, desde la óptica de estos observadores del llamado mundo civilizado, de una serie de atributos compartidos en torno a la feminidad y la masculinidad. En esta amplia gama de situaciones relacionales, se advierte una diversidad de estrategias narrativas en las que la masculinidad hegemónica se decanta para construir universos de otredades anómalas y, por tanto naturalmente dispuestas para ser corregidos gracias a la acción emprendida por los legítimos hombres.

La hombría en el estereotipo de la racialización

George L. Mosse sostiene que los estereotipos sexuales expresan el momento en el que los hombres, por una parte, y las mujeres, por otra, fueron integrados en categorías homogéneas. De esta forma, se desconocieron las particularidades subjetivas de ambos sexos.³⁰ Sin embargo, en la modernidad, los

28 Gustav August Eisen, “Un viaje por Guatemala. Tercera parte. Conclusión”, *Mesoamérica* (Guatemala) 13 (junio 1987): 216- 217.

29 *Ibid.*

30 George Lachmann Mosse, *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity* (New York, EE. UU.: Oxford University Press, 1996), 6.

estereotipos sexuales están vinculados a estereotipos raciales.³¹ Hay diferencias sustantivas entre los hombres y las mujeres de las metrópolis y aquellos del mundo colonial. Estas diferencias generan también estereotipos en los que un conjunto de características intrínsecamente asociadas entre sí son constitutivas de las identidades de género diferenciadas a partir de la jerarquización racial.

Davis, en su viaje a Honduras, narra con especial emotividad su experiencia ante la magnificencia, exuberancia y belleza natural.³² En cambio, los espacios ocupados por el ser humano son, desde su óptica, expresión de barbarie. En su recorrido por el país, la suciedad se impone no solo en las humildes chozas del campo, sino también en los escasos hoteles existentes. Los seres humanos que encuentra a su paso son descritos en forma estereotipada por sus prácticas de vida y su comportamiento. Davis establece su superioridad y la de sus amigos en la narrativa de su experiencia frente a la otredad. En esta, se ocupa de exaltar la inteligencia, el ingenio y la hombría de los tres gringos frente a una población que carece de tales cualidades.

Cuando los nativos posan su mirada en los viajeros, muestran el asombro característico de gentes habituadas a un entorno reducido y parroquiano.³³ Pero la inquietud y admiración que a su paso van despertando los visitantes constituye un recurso narrativo para expresar la insoslayable realidad que esa otredad experimenta ante ellos: el reconocimiento de que son poseedores de superioridad física e intelectual. Su sola presencia representa un espectáculo digno de congregar multitudes. Davis, utilizando sus recursos literarios, teatraliza la escena. Él y sus compañeros ponen en acción sus habilidades histriónicas para maravillar una audiencia fácil de cautivar. En la plaza de toros, los tres gringos se lucen gracias a sus dotes masculinas, ausentes en los integrantes de su auditorio: valentía, extraordinaria condición física, habilidad, y veloz y certera capacidad de respuesta ante los imprevistos.³⁴ En la narrativa de Davis, la exacerbada masculinidad de él y sus compañeros se contrapone a la ausencia de esta en los grupos coloniales, así como su agilidad mental contrasta con las reducidas potencialidades intelectuales de los nativos. A su paso encuentra gentes indolentes que intentan ganar dinero fácil, timando al viajero. Sin embargo, los tres gringos son más hábiles que los nativos por lo que, consistentemente, salen airosos imponiendo los términos de la negociación. El presidente de Honduras, Dr. Policarpo Bonilla, al

31 Karl Hölz, "Conciencia nacional y herencia colonial. El orden de los sexos en la literatura patriótica de México", en: *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, (ed.) Friedhelm Schmidt-Welle (Madrid, España: Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2003), 189-210.

32 Davis, 515.

33 *Ibid.*, 520.

34 *Ibid.*, 524.

invitarlos a dar un paseo a caballo, les pone una trampa para dejarles en ridículo. Los animales resultaron chúcaros y ellos tuvieron que hacer un gran esfuerzo por dominar la situación. Había que impedir que los nativos imaginaran, aunque fuera por un instante, que podían ser mejores jinetes que sus visitantes.³⁵ Como se analiza adelante, en estas escenas la narrativa de Davis tiene mucho en común con la de Marr, pues en ambos casos el lector encuentra viajeros que se regodean con el placer de imponerse, a través de la fuerza bruta, la pericia o bien la capacidad intelectual, ante aquellos del mundo “naturalmente dispuesto a la colonización”. Masculinidad, inteligencia, superioridad racial no aparecen como características particulares, cada una de ellas se encuentra vinculada a las otras, constituyen partes integrantes del sujeto colonizador, así como su ausencia es una característica esencial del sujeto colonizado.

Davis relata el placer de probar su hombría entre hombres cuyo destino ineludible reside en rendirse ante el colonizador, es decir, hombres que carecen de las características varoniles del mundo civilizado. Como lo establece Anne McClintock, en el colonialismo moderno, las metáforas de la clase, el género y la etnicidad están íntimamente relacionadas. La otredad del mundo periférico ofrece potencialidades comparativas para expresar las identidades de los sectores subalternos de los espacios hegemónicos. El hombre blanco representa la masculinidad por excelencia; mientras el hombre ubicado en jerarquías raciales inferiores es feminizado.³⁶ Las “deficiencias masculinas” del hombre de las otredades no siempre se perciben exclusivamente en las limitaciones atribuidas a sus capacidades físicas y mentales para competir con hombres civilizados. También las carencias masculinas del otro están expresadas en su corporalidad. Ya en la época de la conquista española, la ausencia de vello en el rostro de los indígenas les sugirió un aspecto femenino que, convenientemente, les permitía establecer una relación metafórica entre hombres que no responden a la concepción hegemónica de la virilidad y poblaciones destinadas a la conquista.³⁷

Las distancias raciales inscritas en el cuerpo

En las páginas de Marr, el término barbarie se repite consistentemente y abundan las comparaciones paródicas entre los pobladores de estas tierras y los simios, parodias que simbolizan la inferioridad racial situándola en la

35 *Ibid*, 534.

36 McClintock, 55.

37 Carmen Bernard, “Los nuevos cuerpos mestizos de la América colonial”, en: *Retóricas del cuerpo amerindio*, (eds.) Manuel Gutiérrez Estévez y Pedro Pitarch (Madrid, España: Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2010), 95-96.

corporalidad. El estereotipo civilización-barbarie también es eje central en la narrativa de Stephens, en especial en su contraposición de los ejércitos de Francisco Morazán y de Rafael Carrera. Sin embargo, él advierte, más que rasgos fisiológicos, expresiones, actitudes, grados de control de los sujetos sobre sus cuerpos y sus colectividades. En cambio en Marr, los fenotipos constituyen el fundamento de las razas.

Como lo señalamos anteriormente, Marr concluye su escritura con posterioridad a la guerra contra William Walker, cuando los intelectuales de la raza han venido fijando su atención, ya no en el medio ambiente en que los grupos humanos habitan, sino en sus características físicas. La identidad, entonces, aparece adscrita al cuerpo. La antropología física define las razas por la descripción de los rasgos fisiológicos y, en particular, por el tamaño del cerebro, razón por la que su análisis de las identidades, consideradas como esenciales, en buena medida se concentra en las osamentas craneanas. Marr asume los fundamentos de la antropología física. Su rígida y poco permeable construcción racial se alimenta en esa relación sinecdótica entre los espacios corporales y la subjetividad. Samuel George Morton y J.C. Nott habían “probado”, mediante el escrutinio de restos humanos provenientes de las distintas razas, que diferencias físicas insalvables determinaban los límites en el grado de complejidad alcanzado por cada una de ellas.³⁸ La antropología física estadounidense, defensora de la esclavitud y con posterioridad a la guerra de secesión, de la segregación racial, consideraba la mezcla de razas como degenerativa. La visión de Marr en torno a la degeneración racial es bastante cercana a la de los teóricos citados, las comparaciones que establece entre los habitantes centroamericanos y el mundo negro de la esclavitud en el poderoso país del norte, así como sus propias narrativas sobre sus experiencias de viaje en este, nos indican que él se dejó permear por las lógicas discursivas racialistas prevalecientes en Estados Unidos. En efecto, en su texto se advierte la influencia del racismo estadounidense, que con bríos se desarrolla tanto en el campo de la academia como en los diversos espacios de reproducción cultural del mundo blanco, impulsado por el creciente movimiento abolicionista.³⁹

Cuando Marr visita Castillo Viejo, preguntó a un anciano que, según su descripción, semidesnudo roncaba en una hamaca, dónde podría encontrar al comandante. Entonces descubre que él es nada menos que la autoridad buscada

38 Bieder, 35-103. Vargas, XXI- XXV. “Siguiendo a Samuel Morton, Nott señaló que el cerebro de una raza específica no podría cambiar y el estímulo de la educación tampoco puede generar cambios ni el tamaño del cerebro ni el intelecto”, XXVI –la traducción es mía–. Más bien, según Nott, la educación es negativa para la raza negra.

39 Bieder, 55-103.

y, señala: “habría querido reírme de ese *homo simia* pero me contuve...”.⁴⁰ En el resto del texto, la risa denigrante es un recurso narrativo frecuentemente utilizado por Marr para afirmar su distancia como ser humano frente a la otredad. Su mirada, fuertemente cargada con el racismo que acompaña la colonialidad, encuentra en el otro esa realidad de sí, vergonzosamente negada.⁴¹ La animalidad es representada tanto mediante la aludida semidesnudez como atribuyendo a las otredades una corporalidad anómala. Esta mirada proyectiva permite reinventar, así, el cuerpo del observador, como aquel que se ajusta a la norma humana más finamente acabada y, por tanto, se encuentra en una escala superior en relación con seres que recuerdan tanto lo vergonzoso como lo perentorio de la existencia. Sostiene Ginés Navarro que “el mono antropoide representa la animalidad excluida, no sin violencia, permanentemente amenazadora, activa en su presencia prohibida. Es el aspecto paródico del hombre...”.⁴² Cuando Marr convoca la risa frente a ese aspecto paródico que atribuye a las otredades, no solo afirma las jerarquías coloniales, también establece la ilusión de distancia entre él mismo y su propia animalidad. La parodia animalesca es un recurso utilizado para negar la humanidad del otro. Permite afirmar la posición de superioridad del narrador, a partir de su normada subjetividad masculina, frente a un universo de “machos” carentes de los elementos culturales más fundamentales que posibilitan la existencia de la hombría.

Eisen también recurre a la risa burlesca en sus descripciones de los indígenas del Altiplano guatemalteco. Cuando sus prácticas rituales se le presentan como incoherentes y grotescas, la burla expresa la extrañeza frente a la imposibilidad de lectura de la otredad.⁴³ Pero en otros escenarios posteriores, visibiliza y califica positivamente los trajes de hombres y mujeres, distingue al individuo de entre la masa y descubre en el alcalde de Patzun, una corporalidad masculina atrayente, admira su contextura física y personalidad. Presencia una emotiva escena en la que el alcalde administra justicia y se lamenta de haber sido incapaz de comprender su significado debido a que desconocía por completo su idioma. Indaga sobre el proceso; aunque no dice con quiénes lo hace, se deduce que acudió a ladinos, pero solo encontró como respuesta: “¡quién sabe!”.⁴⁴ En este escenario se impone el deseo de penetrar en el mundo de la otredad sobre el

40 Marr, 145.

41 Spurr, 23 y 77.

42 Ginés Navarro, *El cuerpo y la mirada. Desvelando a Bataille* (Barcelona, España: Anthropos Editorial, 2002), 100.

43 Eisen, “... Primera parte”, 169.

44 Gustav August Eisen, “Un viaje por Guatemala. Segunda parte”, *Mesoamérica* (EE. UU.) 12 (diciembre 1986): 433.

deseo de imponer una lectura desde los referentes propios. Pero la admiración de la corporalidad del alcalde de Patzun no es generalizable. Eisen se preocupa por distinguir las distintas fisonomías existentes en el mundo indígena. En el cabildo de Patzicia, rodeado de indígenas de diferentes regiones que llegan a pernoctar en este, tiene la oportunidad de comparar diversos fenotipos. Analiza con atención sus rasgos y describe un tipo común entre los habitantes de Palenque, caracterizados por la nariz aguileña, frente plana pero circular, “los que obviando la particularidad de sus rasgos, bien podrían ser considerados muy bellos”.⁴⁵ Con esta expresión, Eisen acude a la burla para expresar una inferioridad en el otro que no deja de ser sinecdótica: la estética. Sin embargo, en sus páginas encontramos un viajero que, si bien comparte los estereotipos occidentales, muestra alguna receptividad a la experiencia del encuentro. En su retórica se entrecruzan la risa burlesca, la sorpresa frente a actuaciones inesperadas y, aunque en esporádicas ocasiones, la fascinación por algunos de los seres que encuentra a su paso. La corporalidad del alcalde de Patzicia no tiene nada que envidiar a aquella de los hombres de las sociedades blancas.

Hoffmann observó con detenimiento los distintos tipos de indígenas que para entonces poblaban el territorio nacional de Costa Rica. Caracterizó a los hombres indígenas de Barva con las siguientes palabras: “piel morena, largo negrísimo pelo lacio, algo sesgados los ojos negros y penetrantes, la nariz larga y gruesa, pómulos salientes, boca grande, lampiños o con escasa barba, grandes y hermosos dientes, corta apretada conformación del cuerpo con musculatura fuerte”.⁴⁶ Esta descripción, ajustada al convencional estereotipo del indígena, agrega un elemento evidentemente positivo al considerar su “musculatura fuerte”, evidencia de cuerpos disciplinados, característicos del estereotipo corporal de la masculinidad occidental. Solamente cuando posó su mirada sobre los viceitas, prototipos del salvaje de las tierras del Caribe, manifestó sorpresa ante la extraña fisonomía de estos habitantes de la selva. Sus caras lampiñas y sus miradas tímidas y avergonzadas no sugerían lo que él esperaba fuera la representación de un salvaje, sino más bien un “aspecto femenino”. Sin embargo, su feminidad contrasta con una muy bien desarrollada musculatura acompañada de “formas viriles hercúleas”.⁴⁷ Pero en este caso sus exagerados rasgos masculinos en el contexto de la composición corporal sugieren la anomalía circense, la monstruosidad.⁴⁸ El cuerpo del viceita es paródico, no responde al estereotipo masculino, transgrede

45 *Ibid*, 434-435.

46 Hoffmann, 120-121.

47 *Ibid*, 208.

48 En el circo se transgreden los modelos de género sin poner en riesgo la existencia misma de la masculinidad y la feminidad hegemónicas. McClintock, 103.

la norma, pues en la mirada de Hoffmann quiebra una de las dicotomías centrales de la modernidad: aquella que establece distancias cualitativas esenciales entre la masculinidad y la feminidad. La mezcla de signos correspondientes a estas dos dimensiones identitarias es expresión de un cuerpo defectuoso.

El ilegítimo dominio de los hombres de etnias subalternas

La feminización del indígena no lo conduce a tener un trato favorable con las mujeres. Sostiene Vargas que, en la mirada de los viajeros, las mujeres salen mejor libradas que los hombres.⁴⁹ En estas narrativas, el hombre es representado como ocioso y ajeno al progreso; la mujer, en cambio, como laboriosa y físicamente atrayente. Estas valoraciones aparecen en relación con la diversidad del mundo subalterno centroamericano: se encuentra en lo que hoy llamaríamos los sectores populares, es decir, el universo mestizo de ciudades y poblados, en grupos étnicos específicos que fueron integrados a la colonialidad en tiempos del dominio español y, finalmente, en aquellos que han permanecido al margen de la civilidad. Sin embargo, ello no significa que se otorgue un sitio de igualdad a las mujeres del trópico en relación con aquellas de las sociedades de donde provienen los viajeros. En un baile en León, Marr posa su mirada sobre el rostro de las mujeres, para señalar que sus “ojos ardientes... no tenían espíritu ni alma. ¡Oh Andalucía, como te han ridiculizado aquí!”.⁵⁰ El viajero elimina la existencia de cualquier característica subjetiva meritória en el mundo femenino nicaragüense, cuyos rasgos europeos han sido “penetrados” por aquellos de razas inferiores. La sensualidad de la mirada se desvanece en un interior hueco. Davis manifiesta su admiración por la belleza de las mujeres de clase baja de Honduras y Nicaragua, según sostiene, más bellas que las mujeres pobres de cualquiera de los países que él ha visitado. Admira su pose recta, su gracioso andar, su cabellera. Sin embargo, como lo hiciera Marr décadas atrás, neutraliza estas aseveraciones positivas concluyendo su descripción con denigrantes metáforas animalescas. Davis, después de describir cuidadosamente las características físicas de las mujeres pobres de Honduras que las hacen particularmente atractivas, se detiene en su mirada develando en ella la absoluta carencia de identidad. No encuentra en sus ojos, considerados en la tradición moderna el puente de entrada al interior del sujeto,

49 Narra Marr que en un rancho en Masaya pudo observar que “los hombres perezosos, meciéndose en las hamacas, dejaban todo el escaso trabajo a las mujeres y los niños”. Marr, 194. John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán. Tomo II* (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana - EDUCA, 1971), 52 y 69.

50 Marr, 256.

más de lo que podría hallar en los de un ciervo o un perro.⁵¹ Hembras humanas en apariencia, pero mentalmente comparables con la irracionalidad animal. En la sensibilidad romántica del siglo XIX, se impone el triunfo del yo: la belleza ya no significa un “develamiento de Dios... se trata del develamiento de si mismo,” está vinculada a “la conciencia de una interioridad”.⁵² Destellos vitales provenientes de fuerzas interiores se posesionan del cuerpo, de los rasgos del rostro, para dotarlos de luminosidad, de gracia.⁵³ Esta concepción de la belleza evidencia la amplitud de la violencia simbólica ensayada sobre las mujeres de atractiva apariencia del trópico, cuyo interior hueco impide que aflore la verdadera belleza, expresión de una interioridad que les ha sido vedada.

Pero, efectivamente, la mirada colonial se detiene en el hombre para crear y recrear el estereotipo de la masculinidad o, más bien, de la carencia de masculinidad en las etnias subalternas. El estudio de Vargas evidencia que una de las imágenes más recurrentes en el discurso escrito, pictórico y fotográfico tiene como eje el hombre perezoso del trópico, imagen que, no con poca frecuencia, entra en contradicción con referencias relativas a las arduas actividades cotidianas realizadas por hombres de los sectores subalternos.⁵⁴ Hoffmann definía a los terrabas, ubicados al margen de la colonización en Costa Rica, como desafectos al trabajo. En su mirada tampoco los indígenas de Orosi, uno de los antiguos pueblos constituido por el estado colonial, se libraban de las características negativas atribuidas a aquellos particularmente vinculados con el estado salvaje. Pero, al calificarlos como “inactivos”, se refería exclusivamente al sexo masculino, pues las mujeres, en cambio, estaban a cargo de la lucha por la sobrevivencia.⁵⁵ Eisen expresa su malestar ante las mezclas fenotípicas que encuentra en Livingston. Rasgos negros, indígenas y blancos construyen rostros que desafían la estética corporal modelada en el mundo noratlántico. A un fenotipo aberrante corresponde también la ausencia de valores morales. Eisen define a los habitantes de Livingston como feos, polígamos, indolentes y explotadores del trabajo de sus mujeres.⁵⁶ Las mujeres son representadas como trabajadoras,⁵⁷ mientras los hombres, lo son como “patriarcas ilegítimos”, pues incumplen con su papel

51 Davis, 545.

52 Georges Vigarello, *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días* (Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión, 2005), 141.

53 *Ibid.*

54 Vargas, 12-13 y 30-31.

55 Hoffmann, 201. Juan Carlos Vargas observa que recurrentemente las narrativas de los viajeros, atribuyen a las mujeres algunas características positivas mientras que a los hombres solo les asignan estereotipos negativos tales como negligencia, indolencia y carencia de iniciativa. Vargas, 12-20.

56 Eisen, “... Tercera parte. Conclusión”, 222.

57 Vargas, 11-14.

de protectores de la familia.⁵⁸ En la perspectiva noratlántica, los hombres de estas tierras no son proveedores, es decir, carecen de una característica fundamental en su propia concepción de la masculinidad. La dominación masculina está vinculada a la supuesta dependencia de parte de las mujeres de la protección del hombre. En la modernidad se consolida la distribución de funciones en la familia entre el hombre y la mujer: el primero es el proveedor y la segunda es quien asume las labores del hogar. La cultura victoriana impone un ideal de familia en el cual la crianza de los hijos demanda de la presencia permanente de la mujer en el hogar.⁵⁹ El poder masculino se justifica por su supuesta superioridad natural e intelectual en relación con la mujer, así como por su dominio sobre los ingresos de la familia. El hombre es el llamado a dar sustento a su compañera y a sus vástagos.⁶⁰ Ese ideal de la familia será desafiado con la integración de mujeres de sectores subalternos a la producción agrícola e industrial y de aquellas pertenecientes a la clase media en actividades de servicios tales como la educación, el comercio y labores de cuello blanco. El surgimiento de los movimientos feministas y de comunidades de gays y lesbianas pondrán en disputa las significaciones genéricas.⁶¹ Aun visiones literarias bastante conservadoras en cuanto promueven construcciones racistas y pro imperialistas, elaboran estereotipos femeninos que distan mucho de vincular a la mujer con la domesticidad. De acuerdo con Amy Kaplan, hacia la década de 1890, narrativas ficcionales relativas a la expansión imperialista de Estados Unidos, tales como las escritas por Davis, representan a las heroínas como mujeres decididas a abandonar sus hogares en aras de participar en las aventuras que vive su amado en tierras inhóspitas, destinadas a ser transformadas en armoniosos campos de producción gracias a la inversión del capital del norte.⁶² Sin embargo, esta heroína no deja de tener “una doble función: feminiza los sujetos coloniales masculinizando a las mujeres americanas”.⁶³ Si bien el modelo que vincula a la mujer con la domesticidad, ya para entonces dista de funcionar a cabalidad en el mundo noratlántico, el ideal se impone como norma inflexible cuando se trata de juzgar los grupos

58 Vargas analiza imágenes visuales ilustrativas de textos de viajeros en las que las mujeres aparecen “expuestas”, sin protección, invitando al extranjero a abordarlas. *Ibid*, 49-50.

59 El desarrollo de la salubridad pública genera crecientes demandas en el cuidado y la alimentación infantil, mientras el sistema formal de educación infantil concibe a la madre como parte del engranaje del proceso de enseñanza. Virginia Mora Carvajal, *Rompiendo mitos y forjando historia: Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX* (Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría - MHCJS, 2003), 193-199.

60 Michelle Perrot, *Mi historia de las mujeres* (Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica - FCE, 2009), 142-156.

61 Mosse, 10-12.

62 Kaplan, 95.

63 *Ibid*, 109. La traducción es mía.

humanos considerados inferiores. La representación de la familia ha constituido una útil herramienta para jerarquizar las sociedades tanto en términos de clase como de raza.⁶⁴ En el mundo salvaje esa “mujer trabajadora” es víctima de hombres abusivos. La indígena carece de las “consideraciones” de que goza aquella que no es mencionada, pero que evidentemente da los parámetros de juicio: la mujer de las sociedades noratlánticas. Sin embargo, ese parámetro no lo ofrecen el conjunto de las que habitan dichos espacios geográficos, sino solamente aquellas que pertenecen a sectores sociales medios y altos. Las mujeres pobres de los países donde el ideal de progreso se ha generado continúan asumiendo todo tipo de trabajos, incluyendo aquellos considerados excesivamente pesados para un sexo definido como débil.⁶⁵

La generalizada holgazanería atribuida a los habitantes de Centroamérica, por una parte, ha despojado a los hombres de una característica fundamental del estereotipo de la masculinidad occidental y, por otra, ha constituido un concepto clave para presentar este mundo social como ilegítimo poseedor de la prodigiosa exuberancia tropical.⁶⁶ El trabajo que la mujer pueda realizar para obtener el sustento no invalida la concepción de que estas poblaciones carecen de atributos para hacer progresar las tierras que ocupan, pues el trabajo femenino constituye, desde esta perspectiva, una anomalía a erradicar que justifica el traspaso de los recursos productivos a manos de hombres integrantes de sociedades concebidas como civilizadas.⁶⁷

Identidades masculinas caóticas y peligrosas

Recurrentemente en estas narrativas, la holgazanería masculina aparece ligada a la falta absoluta de control en la bebida. Hombres carentes de disciplina, son hombres sin capacidad reflexiva acerca de sus actos y, por tanto, incapaces de mejorar sus condiciones de existencia. Ebriedad y holgazanería explican la miseria en que viven las poblaciones de Centroamérica en un entorno natural rodeado de riquezas que, desde la perspectiva de la modernidad,

64 McClintock, 45.

65 *Ibid*, capítulo 1.

66 Vargas, 11-14. Marr, 279.

67 Agustín Blessing, uno de los misioneros alemanes que estuvieron en Talamanca entre 1895 y 1908, en su diario recopila sus impresiones frente a sus sujetos de conversión. Califica la actitud de los hombres hacia las mujeres en las selvas del Caribe costarricense de “cruel”, pues se aprovechan del trabajo femenino. Las actividades de sobrevivencia que realizan los hombres, tales como la caza y la limpieza de los chagüites, no son reconocidas como actividades laborales. Agustín Blessing, “Archivo de la Misión de Talamanca”, en: *Entre silladas y rejoyas. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*, (comp.) Miguel Ángel Quesada Pacheco (Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológico de Costa Rica - ETCR, 2001), 337-445.

tienen como destino convertirse en la materia prima de la infinita capacidad de reproducción del capital.⁶⁸

Al finalizar la década de 1830, en Nahuizalco,⁶⁹ Stephens contrasta la pródiga naturaleza con la pobreza indígena. El bello espectáculo del paisaje es interrumpido por la desagradable presencia humana. Esa imagen será reproducida por los viajeros en los años siguientes. La miseria de la otredad es la rémora al progreso en tierras privilegiadas por su alta capacidad productiva. Señala el viajero que “diseminadas entre estos hermosos árboles se encontraban las miserables chozas de indios y echados en el suelo o en algún tedioso trabajo estaban los mismos infelices indios”.⁷⁰ Le perturban sus cuerpos ociosos, colocados desorganizadamente en el entorno. Al observarlos en sus rutinarios quehaceres, tan alejados de aquellos que conducen al progreso, experimenta malestar. El único indígena con el que tuvo contacto, aquel que se ofreció a servirle como guía para visitar el volcán Izalco, “estaba tan ebrio que apenas podía guiarse a sí mismo a lo largo de una calle recta”.⁷¹ Pero esa actitud de displicencia hacia el trabajo, no lo hace inofensivo. En su visita a El Salvador y Guatemala presencié los desastres causados por los indígenas levantados en armas bajo la dirección del general Rafael Carrera, quien, en alianza con los conservadores, se convirtió en flagelo de los liberales, representativos, en la mirada del diplomático, de la civilidad. Stephens es testigo del levantamiento en Guatemala de gentes del campo que llevó a Carrera, en alianza con los conservadores, al poder.⁷² En este participaron especialmente ladinos de la región oriental. Sin embargo, la mirada de Stephens no capta diferencias étnicas en el mundo rural guatemalteco.⁷³ Para él, Carrera y sus hombres son indígenas. Sus temores, compartidos con la elite liberal

68 Aun narrativas de viajeros que reconocen la laboriosidad masculina, encuentran en la tendencia a la ebriedad atribuida al indígena, una incapacidad en este para autocontrolarse, es decir, para convertirse en el hombre ideal de la modernidad, aquel dueño de su destino. Ronald Soto Quirós, “Representaciones de Centroamérica en la Francia de la Belle Époque: El discurso sobre las razas en Guatemala y Costa Rica”, *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 14 (enero-junio 2007): <http://istmo.denison.edu/n14/articulos/representacion.html> (Fecha de acceso: 5 abril de 2013).

69 Aparece Naguisal en el texto, pero por la ubicación de este se deduce que se trata del pueblo indígena del departamento de Sonsonate denominado Nahuizalco.

70 Stephens, ... *Tomo I*, 299-300.

71 En su visita a Chirripó entre 1889 y 1890, el presbítero Gabriel Arroyo refiere los excesos de sus habitantes en los días festivos, excesos que le merecen nombrar tales reuniones como “orgías.” El incontrolado consumo de alcohol y de comida solo se detiene cuando el cuerpo cae rendido de cansancio o cuando se agotan las provisiones. Elías Zeledón Cartín, *Crónicas de los viajes a Guatuso, Talamanca, del Obispo Bernardo Augusto Thiel (1881-1895)* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica - EUCR, 2003), 134.

72 Stephens, ... *Tomo I*, 71, 106 y 111.

73 Ralph Lee Woodward Jr., *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala (1821-1871)* (Antigua Guatemala, Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica - CIRMA, 2002), 86-88.

guatemalteca hacia esa masa amorfa de hombres en armas, se confirman cuando su mirada se enfrenta con la expresividad de peligrosos y caóticos sujetos.⁷⁴ Impactado por el drama que gentes decentes viven en Ahuachapán por la invasión de las huestes de Carrera, presencia con una mirada previamente cargada de horror, el desordenado pero intimidante desfile de salvajes empoderados, dispuestos a masacrar a las gentes de bien y a arrasarse con todo aquello relacionado con la civilidad y el progreso:

“La infantería era de peor apariencia que los lanceros, pues en su mayor parte eran indios andrajosos, medio desnudos, con sombreros viejos de petate y descalzos, armados con mosquetes, machetes y muchos con anticuados trabucos españoles. Ellos competían uno a otro en aspereza y ferocidad y a veces hasta apuntándose con sus armas nos gritaban: ‘Viva Carrera’... Terrible hubiera sido caer en las manos de aquellos hombres, sedientos de sangre y enfurecidos por la resistencia”.⁷⁵

Indudablemente las palabras del autor están permeadas por la ancestral pesadilla de los grupos minoritarios blancos, frente a las masas indígenas sublevadas.⁷⁶ Nada más distante a un ejército convencional que las huestes de Carrera. La violencia desbordada en seres carentes de límites y de contornos disciplinares contrasta con el mito del ejército moderno, el cual parte de la existencia de una emanación de la violencia perfectamente regulada y certeramente dirigida hacia aquellos sujetos y objetos que atentan contra la estabilidad de la nación.⁷⁷

74 Stephens se forma un criterio acerca de los procesos bélicos de Centroamérica y, en particular, de la participación indígena en estos a través de las voces de otros norteamericanos y de miembros de las clases altas locales. Mr. Montgomery le advierte sobre el peligro de viajar al interior del país, pues esa “partida de bandidos no tenían misericordia alguna para sus víctimas, especialmente si eran extranjeros”. En ciudad Guatemala, antes de presenciar el horror de la guerra, sostiene refiriéndose a Carrera: “Desde mi llegada al país este nombre de terror estaba repercutiendo en mis oídos”. Stephens, ... *Tomo I*, 215.

75 Stephens, ... *Tomo II*, 67.

76 Richard Newbold Adams, *Etnias en evolución social. Estudios de Guatemala y Centroamérica* (México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología, 1995), 353-393.

77 Castillo y Azia. No obstante, Stephens no deja de ser ambivalente en su descripción de Carrera. Cuando visita a Carrera en ciudad Guatemala observa en su rostro “juventud, vivacidad e inteligencia” y en su voz y sus modales, “suavidad y seriedad...”. Stephens, ... *Tomo II*, 117. En esta escena encontramos un observador deslumbrado frente al hombre de mayor poder en Centroamérica. Una visión similar sobre Carrera, aunque quizá más matizada se encuentra en el viajero francés Arthur Morelet. Véase: Ileana Rodríguez, “Constitución de archivos naturales y culturales. Sensibilidades científicas e ideológicas”, *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 14 (enero-junio 2007): <http://istmo.denison.edu/n14/articulos/constitucion.html> (Fecha de acceso: 5 de abril de 2013).

La vulnerabilidad femenina: La otra cara de una sociedad de hombres sin valía

Sostiene Vargas que los observadores del siglo XIX sugerían que en Centroamérica “no solo existían jóvenes bellas sino también jóvenes bellas carentes de protección”.⁷⁸ Pero, como señala Anne McClintock, el deseo del colonizador no libera a la mujer del trópico de los estereotipos que le atribuyen una sexualidad aberrante y excesiva que la acerca a la bestialidad.⁷⁹ La mujer del trópico es deseable, pero también, como se analizó páginas atrás, se encuentra en un escalón inferior de humanidad -si es que este estatuto le es conferido- en relación con aquella del mundo noratlántico.

En la representación que de ellas se hace, el observador suele sugerir que de su corporalidad emana alguna expresión que intencionalmente le provoca.⁸⁰ Los viajeros advierten en los sencillos y livianos vestidos que dejan al descubierto los brazos y en ocasiones parte de las pantorrillas de las integrantes de los sectores subalternos, una corporalidad femenina que en forma ambivalente expresa inocencia y, a la vez, invitación al asedio sexual.⁸¹ Stephens encontró sorprendente la naturalidad con que los habitantes de la casa donde pasaría la noche, en su viaje al Río Motagua, se presentaron ante él. Hombres y mujeres vestían prendas que dejaban al descubierto las extremidades. El borroso límite entre el espacio público y el espacio de la alcoba retó sus concepciones morales. Mujeres y hombres se movilizaban con sus cuerpos escasamente cubiertos en el espacio destinado a servir de recámara tanto para él y su acompañante, Mr. Catherwood, como para todos los miembros de la familia.⁸² Stephens sugiere la ausencia de pudor en las jóvenes que al regreso a su país encuentra a su paso su sofisticado criado costarricense. Él las abraza y besa como esperaría lo hiciera solamente con aquella que le presentará como su amada esposa.⁸³

Mujeres carentes de pudor constituyen la otra cara de la moneda de hombres carentes de hombría. Estos son incapaces de imponer el recato sobre el otro sexo, así como de ofrecerles protección ante el asedio de los visitantes. De acuerdo con Vargas, los oscuros hombres desnudos son detestables, pero las mujeres en su semidesnudez son abordables.⁸⁴ Sin embargo, ese deseo también

78 Vargas, 50.

79 McClintock, 22.

80 Cuando Squier arriba al lago de Granada, según su narración, las mujeres que en este cargaban sus tinajas de agua, le ofrecían al mirarlo una “sonrisa impúdica”. E. G. Squier, “Nicaragua. An Exploration from Ocean to Ocean”, *Harper's New Monthly Magazine* (EE. UU.) 65 (octubre 1855). Tomado de Vargas, 125.

81 Stephens, ... *Tomo I*, 13.

82 *Ibid*, 51.

83 *Ibid*, 325.

84 Vargas, 43.

.....

contiene, en forma ambivalente, el repudio hacia las otredades, en particular a la relación sexual con estas y a su consecuencia: la mezcla entre razas pertenecientes a distintas jerarquías. Marr, con la ironía y el cinismo que le caracterizan, recuerda que entre los resabios dejados por la Vía del Tránsito en Nicaragua, se encuentran los *gatos* -niños rubios- que abundan en Posoltega y Chichigalpa, por lo que infiere que estas poblaciones deben de haber sido elegidas por los “señores californianos” con el fin de “hacer sus estudios etnológicos”.⁸⁵ El autor celebra, a modo de chiste, a los viajeros que a su paso tomaron posesión de las mujeres del trópico para continuar al día siguiente su camino sin ocuparse de las posibles consecuencias de la casual unión. La invisibilización del llamado “sexo opuesto” por parte del narrador es una efectiva estrategia para mostrar su carencia de hombría. En sociedades con hombres incapaces de defender y proteger su patrimonio familiar, el viajero no encuentra límites para tomar, disfrutar y desechar a las jóvenes que aparecen a su paso. De acuerdo con Stepan, la mujer es el sexo al que corresponde la reproducción, a ella se ha atribuido la responsabilidad de reproducir tanto la nación como la raza. El dominio masculino sobre la mujer del mundo blanco mantiene bajo control su capacidad reproductiva; en cambio, en los espacios de colonización, la mujer es representada como poseedora de una sexualidad desbordada que la hace ingobernable. Además, agregaríamos nosotros, desde la perspectiva occidental, la carencia de masculinidad del llamado sexo opuesto, también explica su constante transgresión de los límites morales. La falta de decencia que se le atribuye conduce a la mezcla de razas que Marr, al igual que la mayor parte de los viajeros, relaciona con degeneración.⁸⁶

Pero la narrativa de Marr es ambivalente. Su deseo se transmuta en asco. Encontrándose de viaje entre Chichigalpa y Chinandega, una bella joven indígena le solicita que la lleve en su caballo, lo que Marr interpreta como insinuación sexual. Ella le hace saber que, a sus 12 años de edad, aún no ha vivido con ningún “querido”;⁸⁷ pero el narrador no le creyó. Su entusiasmo por la joven murió drásticamente cuando percibió que de ella emanaba un insoportable olor. Esa atrevida joven súbitamente dejó de ser calificada como bella para adquirir el atributo de “bruja”. Intentó deshacerse de su casual acompañante asustándola, haciendo relinchar su caballo para asustarla, pero ella no comprendió o no quiso comprender sus intenciones e insistió en persuadirlo. Entonces Marr señala: “En ese momento me volvió a entrar toda la repugnancia contra la raza de color. Todo me parecía negro y, sobre todo, me *olía* a negro”.⁸⁸ La abyección de la joven,

85 Marr, 285.

86 Stepan, 112.

87 Marr, 287.

88 *Ibid*, 288. Las cursivas son del texto.

su olor, deviene no solo de la suciedad física de una raza inferior, sino también de las costumbres sexuales impúdicas de mujeres carentes de todo control masculino. La “repugnancia” también anuncia una relación sexual que llevará a la procreación de seres degenerados por la mezcla. Marr conduce la narración hacia una solución en torno a la ambigüedad entre atracción y repulsión que los hombres noratlánticos experimentan hacia las mujeres de razas inferiores.⁸⁹ Pretende mostrar a los lectores que la repulsión se impuso absolutamente aniquilando cualquier resabio de atracción experimentada antes de que el olor le indicara las distancias jerárquicas entre razas. La imbricación de sexo y raza en este texto se convierte en una estrategia de denigración de la otredad a un punto extremo. Desprecia a la mujer que se ofrece, pese a su belleza, al descubrir su inferioridad expresada en una característica corporal: el olor. Esta representa su inferioridad racial. El olor la acerca a la animalidad, ahuyentando el deseo sexual. Así como Gulliver se sintió aterrizado frente a la hembra yahoo, una extraña raza entre simios y humanos, que lo embistió y lo obligó a tener sexo con él,⁹⁰ Marr, con su repudio hacia la joven indígena, advierte la abyección de la relación sexual entre razas, equiparándola a la relación sexual de humanos con animales. La rígida concepción de Marr acerca de las jerarquías raciales y la concepción de la hibridez como descomposición de la raza superior, en boga en su tiempo, y particularmente enfatizada en su obra, lo conducen a introducir esta historia en relación metonímica con la tradicional leyenda de La Segua. Esa mujer atractiva que solicita al viajero llevarla en su caballo se transmuta en un rostro espantoso en los espacios más solitarios del camino. Marr dota a la historia de nuevos contenidos: en esa travesía compartida, la bella se convierte en la representación de la esencial abyección de las razas inferiores, contenida en su olor. Pero la narración nos puede conducir hacia otras lecturas. La bella transmutada en un espanto, el recurso narrativo racista de Marr, ¿no esconde acaso su ansiedad, su temor a la seducción, a vivir nuevas experiencias eróticas que amenazan su integridad identitaria? ¿No será este recurso narrativo un artilugio para esconder el sentimiento de castración que le podría haber provocado su parálisis frente a la joven?⁹¹

89 Vargas, 39.

90 Roger Bartra, *El mito del salvaje* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica - FCE, 2011), 385.

91 Seducción y destrucción se conjugan en los discursos coloniales, proyección de los temores a las flaquezas internas que pueblan a ese ser que se autorrepresenta como el poseedor del dominio total de la escena. Spurr, 177-179.

Conclusiones

La mirada sobre hombres y mujeres de las regiones subalternas expresa imaginarios que trascienden la mera descripción de las relaciones entre los sexos, pues conduce a establecer conexiones metonímicas con las diversas formas de poder colonial. En este sentido, masculinidad y feminidad se convierten en elementos claves para justificar las jerarquías regionales que impone el imperialismo. En las narrativas sobre Centroamérica, la concepción de la masculinidad contribuye a naturalizar el poder colonial. Los atributos de la masculinidad occidental definen a las naciones convocadas al dominio. En el imaginario hegemónico, el trópico se concibe como “sitio de seducción”, como espacio que invita a la transgresión sexual, imagen que, en relación metonímica, sugiere diversas formas de transgresión, más allá de la erótica.⁹² Es sitio ideal para el ejercicio de la violencia tanto simbólica como material. Como hemos visto en estas páginas, la imagen de la mujer “accesible”⁹³ se corresponde con la imagen de una naturaleza –que incluye a los habitantes originarios–, la cual está allí para ser tomada, transformada.

En diálogo con los estereotipos identitarios de los países noratlánticos, se crean narrativas que particularizan a aquellos hombres y mujeres del mundo tropical. Son las masculinidades y las feminidades ideales en las sociedades de los viajeros; pero no por ello prevaecientes en la diversidad social del mundo metropolitano, las que marcan las pautas que conducen a clasificar como aberrantes aquellas de las supuestas razas inferiores. Los hombres no solo son incapaces de aprovechar la riqueza que les rodea; también están destinados a fracasar en su labor como forjadores de la feminidad. A hombres carentes de hombría corresponden mujeres carentes de pudor. La excesiva voluptuosidad femenina se corresponde con la incapacidad masculina de ejercer control sobre el cuerpo de sus mujeres. Pero estas mujeres, que con sus gestos invitan a la transgresión, generan sentimientos contradictorios en los viajeros, profundamente permeados por las concepciones racialistas del siglo XIX. Si bien en el imaginario colonial ellas están disponibles para ser tomadas y desechadas, un acercamiento íntimo con esa otredad no deja de ser perturbador, dada la radical distancia que tiende a establecerse entre la mismidad y la otredad. Sin embargo, ese temor, expresado en repudio hacia la mujer del trópico, también esconde la inquietud de que esa toma violenta de posesión termine por violentar la coherencia identitaria del privilegiado actor social.

92 *Ibid*, 174.

93 Vargas, 43.